

La medicina y la salud pública al final del imperio, reflexiones a partir del libro de Howard Waitzkin

Matthew Anderson

La primera vez que escuché la tesis postulada por Howard Waitzkin en la que sostiene que “el capitalismo estadounidense, tal como lo conocemos, ha terminado; así como que el imperio, en su forma previa, ha llegado a su fin” fue en la conferencia de la Asociación Internacional de Políticas de Salud en Europa (*International Association of Health Policy in Europe*, IAPHE, por sus siglas en inglés) en Ankara, Turquía, el dos de octubre de 2011. Siendo sincero, reaccioné con escepticismo a estas ideas. Ciertamente, sólo un año antes la administración de Barack Obama había intervenido para subsidiar masivamente al sector financiero estadounidense, rescatando a dos de los fabricantes de autos más importantes del país; lo que no corresponde en lo absoluto con las reglas del capitalismo. No obstante, tal subvención pública del capitalismo ha sido común a lo largo de la historia de los EEUU. Es verdad que existían evidencias de que el imperio estadounidense se había debilitado significativamente: ¿No acaso seguíamos estando involucrados en una guerra masiva en contra del terror, que parecía no tener fin? ¿Era apropiado hablar del final del capitalismo y del imperio?

Tres días después me vi en el *Foley Square*, en Manhattan, en medio de una manifestación enorme del movimiento *Occupy Wall Street*. Me rodeaban miles de personas, entre ellas, muchos miembros de diversos sindicatos. Había dos grandes contingentes de médicos activistas y cientos de enfermeras participando con sus sindicatos. La

Matthew R. Anderson. Departamento de Medicina Familiar y Social, Centro Médico Montefiore, Escuela de Medicina “Alberto Einstein”, Bronx, New York, EUA. Correo-e: MattAnderson@socialmedicine.org.

gente discutía problemáticas: la desigualdad salarial, el racismo, el imperialismo, el juicio de crímenes cometidos en *Wall Street*, etc., que habían sido completamente hechos a un lado por los medios de comunicación corporativos y hegemónicos en el país. En esa hermosa tarde de otoño un mundo diferente, libre de capitalismo y de imperios, parecía ser posible.

El éxito de movimiento *Occupy Wall Street*, me llevó a leer (de hecho, a estudiar detenidamente) al libro de Waitzkin: *La medicina y la salud pública al final del imperio*. En el presente editorial, hago una descripción breve del libro para luego abordar las implicaciones de la pregunta final planteada sobre: ¿Cómo “desarrollar estrategias de activismo que puedan extender [...] espacios contra-hegemónicos para ampliar el cambio social”?

El imperio: pasado, presente y futuro

El título del libro de Waitzkin sugiere que la obra se trata del estado actual de la medicina y de la salud pública. Sin embargo, el texto está dividido en tres secciones: “El imperio en el pasado”, “El imperio en el presente” y “El imperio en el futuro”. Sus 189 páginas cubren una gran cantidad de material: desde los orígenes de la medicina social con Virchow y Engels, hasta el programa de reforma de la atención a la salud de Barack Obama.

Por desgracia, no contamos con un libro de texto sobre medicina social en inglés. La *Antología de Medicina Social* de tres volúmenes, publicada por la Universidad de Carolina del Norte, ha estado disponible por algunos años, pero es una antología. Por fortuna, Waitzkin, al recopilar cinco décadas de su trabajo en el tema en un sólo volumen nos

brinda algo muy parecido a un libro de texto. Constituye, sin duda, la mejor introducción al tema publicada en inglés.

Uno de los logros del libro es el examen que hace de las fuerzas económicas y políticas subyacentes que determinan el curso del desarrollo de la medicina corporativa. En el capítulo dos hace un análisis del modo en que los centros médicos académicos, las asociaciones filantrópicas (como la Asociación Americana del Corazón), el Servicio de Salud Pública Estadounidense, algunas corporaciones importantes (como *American Optical* y *Hewlett-Packard*) y el gobierno (incluyendo al Departamento de Comercio y al Servicio de Salud Pública Estadounidense) colaboraron en la promoción del establecimiento de unidades de control central (*Central Control Unit* o CCU por sus siglas en inglés) en los años 60s y 70s. Tales unidades no fueron “manifiestamente más efectivas que el simple reposo en el hogar” y el autor atribuye su desarrollo y promoción al imperativo de las corporaciones de maximizar sus ganancias. Conforme el mercado de equipo médico existente maduró (es decir, se hizo menos lucrativo debido a la competencia), las corporaciones se vieron obligadas a crear mercados para sus nuevos productos, por tanto, la utilidad real de la nueva tecnología no fue la preocupación de las empresas. Es importante señalar que este hecho no es un problema que pueda ser resuelto sin un cambio de sistema porque es inherente a la estructura de la economía capitalista.

Esta historia se repite en los años 90s con la introducción de la atención médica administrada con fines de lucro. Una vez más, actores similares (la medicina académica, asociaciones filantrópicas, organizaciones profesionales, el gobierno y algunas corporaciones; en este caso, compañías del sector salud tales como AETNA y CIGNA) se alinearon para promover atención lucrativa, una intervención en sistemas de salud que no había demostrado proveer resultados clínicos o económicos superiores. Tal como había ocurrido con la tecnología de las CCU, cuando el mercado estadounidense para las Organizaciones para el Mantenimiento de la Salud (*Health Maintenance Organizations* o HMO, por sus siglas en inglés) se saturó, entonces las compañías trataron de acceder

a los vastos fondos de salud y seguridad social latinoamericanos, haciendo promoción de las ventajas de su marca en la atención en salud. El hecho de que tal desastre tuvo como consecuencia el desmembramiento de los sistemas públicos de salud en Latinoamérica ha sido bien documentado en las páginas de esta revista.

Resulta muy útil que el autor quite el velo que cubre la motivación verdadera de las políticas actuales de salud: la maximización de las ganancias de compañías privadas. Las corporaciones están motivadas por la necesidad de obtener las máximas ganancias, sin importar las consecuencias en la salud. No debemos de olvidar que las compañías de tabaco fabrican un producto que eventualmente mata a sus consumidores. Esto nos debería hacer reflexionar mucho cuando escuchamos que se necesita más “razonamiento empresarial” en la organización y gerencia de los servicios de atención a las salud.

Además, la importancia de la Medicina Social Latinoamericana (MSLA) es enfatizada a lo largo de todo el libro por Waitzkin. Esta corriente de pensamiento ha provisto ejemplos de gran inspiración de activismo también, tanto dentro como fuera del gobierno. A principios del año 2000, el progresista Jefe de Gobierno del Distrito Federal (Ciudad de México), Andrés Manuel López Obrador, se opuso exitosamente a las políticas en salud neoliberales que puso en marcha el presidente en turno en la República Mexicana, Vicente Fox Quezada, estableciendo programas para atender las necesidades sociales y de salud de los habitantes más pobres de la ciudad (ver *Medicina Social*, volumen 2, número 1). Durante este mismo periodo, trabajadores de salud salvadoreños se movilizaron, con éxito, para oponerse a la privatización de su sistema de salud (lo que es descrito en la página 172 del libro). La medicina social latinoamericana también nos ha brindado una crítica sofisticada de las políticas neoliberales en materia de salud. Waitzkin señala el énfasis teórico de la MSLA, explica:

... los practicantes de la medicina social han argumentado que la falta de teoría explícita en la medicina y la salud pública norteamericanas y europeas no quiere decir que haya una ausencia de teoría. Por el contrario, una posición a-teórica o anti-teórica significa que la teoría subyacente está implícita, pero apoyando

sutilmente el orden actual y a los grupos dominantes en una sociedad... (p. 172).

Por lo tanto, la base pro gobierno de la medicina estadounidense está escondida detrás del velo de una supuesta ciencia “neutral”.

Por último, quisiera señalar que el trabajo cotidiano del autor como médico no está ausente en su libro. El capítulo 12 está dedicado a “El militarismo, el imperio y la salud” y describe a la Red de Recursos Médicos Civiles (*Civilian Medical Resources Network*), una organización creada por Waitzkin (entre otros) para atender a personal militar en servicio activo con problemas de salud que no son atendidos por el sistema de salud militar. Esto constituye un ejemplo extraordinario de cómo el activismo puede informar y ser informado por la práctica clínica, lo que está en la mejor tradición de la medicina clínica comprometida que caracteriza gran parte de la medicina social.

¿El final del Imperio?

Waitzkin dedica la última sección de su libro al argumento de que el capitalismo y el imperio estadounidenses en sus formas previas han acabado. Señala varios obstáculos que han sido puestos al imperialismo estadounidense, entre estos: la oposición exitosa al Área de Libre Comercio de las Américas, la incapacidad de los EEUU de dominar la Organización Mundial del Comercio y el auge de gobiernos progresistas en Latinoamérica. Cita al “siempre controversial” Lenin, quien describió la naturaleza moribunda del capitalismo avanzado y su tendencia hacia la guerra y las crisis financieras.

¿Cuál es el camino hacia el “activismo médico-social” para ayudar a crear al mundo post-imperio? Waitzkin, como muchos otros, señala el fracaso de las estructuras políticas tradicionales. Las políticas públicas están siendo dictadas cada vez más por un Estado transnacional no elegido (encarnado en organizaciones como la Organización Mundial de Comercio y el Banco Mundial), quiénes están influenciadas por intereses corporativos. Cuando, por ejemplo, Anne Veneman se retira de la dirección del Fondo para la Infancia de las Naciones Unidas (mejor conocida como UNICEF,

por sus siglas en inglés) en 2010 para ser parte de la Junta Directiva de Nestlé en 2011, con ello se hace evidente la toma de las instituciones públicas por parte los intereses privados. En los EEUU, los dos partidos políticos más importantes están sujetos nominalmente a elecciones democráticas, pero ambos están en los bolsillos de grandes corporaciones y han sido incapaces de abordar las necesidades del pueblo. El movimiento sindical ha sido devastado a grandes rasgos; sólo el 7% de los trabajadores no estatales en los EEUU participa activamente en sindicatos. Aunque los sindicatos son claramente vitales para lograr cualquier cambio progresista, no están en posición de desafiar a los gobernantes de manera fundamental.

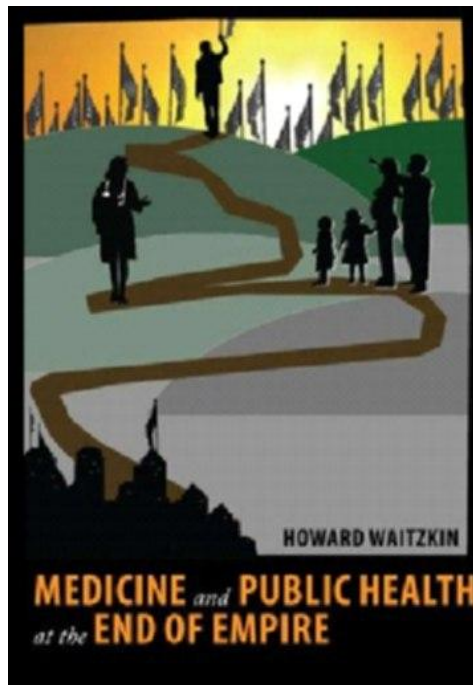
Las estructuras tradicionales nos han fallado y hay un descontento general. El vehículo de este descontento ha caído en la “sociedad civil”; una entidad algo nebulosa. Ciertamente, la sociedad civil puede tener un rol radical (lo hemos visto en el caso del movimiento *Occupy Wall Street*), pero puede jugar fácilmente un papel conservador aplacando el descontento a través de varias iniciativas de beneficencia financiadas por el Estado. No hay una prueba definitiva para decidir cuál es el papel correcto para la sociedad civil.

Una visión del movimiento *Occupy Wall Street* es el crear una estructura de poder alternativa a nivel local a través de espacios (como el Parque Zuccotti, hasta que sus ocupantes fueron brutalmente reprimidos por la policía) en los que las reglas dominantes no apliquen y una visión alternativa esté en proceso constante de invención y de reinención. Esta visión radical exige espacios (mentales y físicos) en los que, en palabras de Waitzkin: “el imperio sea desmitificado y hecho inaceptable”. Ésta es claramente una posibilidad abierta por “las ocupaciones” para nosotros; el reto, tal como es enunciado por Waitzkin, es trascender las luchas y los espacios aislados. Esto está en la agenda de los activistas que intentan crear alianzas entre varias ocupaciones, mientras que a nivel local necesitamos contactar los muchos esfuerzos comunitarios existentes y traerlos a una lucha más amplia.

La lucha a favor de una sociedad post capitalista ha estado en curso desde, por lo menos, principios

del siglo XIX; el activismo actual del movimiento *Occupy Wall Street* es un capítulo más de esta mucho más amplia historia. Una lectura cuidadosa del libro de Waitzkin ayuda a situar nuestra actividad dentro de este contexto más amplio. Waitzkin desafía nuestra creatividad en el fomento

de una “visión de medicina y de salud pública construida sobre principios de justicia, en lugar de mercantilización y lucro”, esto implicará la reinención de la democracia en el mundo del siglo XXI.



Medicina Social
Salud Para Todos